

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## La abeja Maya vuela con el duende de las flores (11/17)

Y así, Maya y el elfo de las flores partieron juntos en una clara noche de verano. La pequeña Maya estaba muy feliz de poder confiar en este hermoso ser blanco para que la guiara adondequiera que fueran. Quería hacerle mil preguntas al elfo de las flores, pero no se atrevió. Mientras volaban a través de los árboles, una polilla oscura zumbó sobre ellos, tan grande y fuerte como un pájaro.

“Espera, por favor”, llamó el elfo de las flores. Maya se sorprendió al ver lo rápido que respondió la polilla. Los tres se acomodaron en una rama, con vistas al paisaje iluminado por la luna. La polilla agitó sus alas, creando una brisa fresca. Rayas inclinadas de color azul brillante marcaban sus alas. Su cabeza parecía estar hecha de terciopelo, con una cara como una máscara misteriosa con ojos oscuros. ¡Qué maravillosas son estas criaturas de la noche! Un escalofrío recorrió a Maya, que pensó que estaba soñando el sueño más extraño de su vida.

“Eres realmente hermosa”, dijo Maya a la polilla, que estaba muy impresionada.

“¿Quién es tu compañera de viaje?”, preguntó la polilla al elfo de las flores.

“Una abeja. La conocí justo cuando dejé mi flor”.

La polilla pareció entender lo que eso significaba. Miró a Maya casi con celos. "Tienes mucha suerte", dijo, en un tono serio y pensativo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

"¿Estás triste?", preguntó la afectuosa Maya.

La polilla negó con la cabeza. "No, no triste". Y le dedicó a Maya una mirada tan amistosa que a ella le hubiera gustado hacerse amiga de él en ese mismo momento.

"¿El murciélago todavía está en el extranjero, o se ha ido a descansar?". Esta era la pregunta por la que el elfo de las flores había hecho que la polilla se detuviera.

"Oh, ha estado descansando durante mucho tiempo.

¿Quieres saber por tu compañera de viaje?"

El elfo de las flores asintió. Maya quería saber qué era



un murciélago, pero el elfo de las flores parecía tener prisa. "Vamos, Maya", dijo, "tenemos que darnos prisa. La noche es muy corta".

"¿Puedo llevarte parte del camino?", preguntó la polilla.

"En otro momento, por favor", respondió el elfo de las flores.

"Entonces nunca sucederá", pensó Maya mientras se alejaban volando, "porque el elfo de las flores debe morir al amanecer".

La polilla se quedó atrás, perdida en sus pensamientos, sobre la hoja. "He oído tantas veces que soy gris y feo",

se dijo a sí mismo. "Y que mis alas no se pueden comparar con el esplendor de las de una mariposa. ¡Pero la abejita vio algo hermoso en mí! Y me preguntó si estaba triste. No, no estoy triste", decidió.

Mientras tanto, Maya y el elfo de las flores volaban entre los densos arbustos del jardín. El fresco aliento del rocío y la tenue luz de la luna hacían que las flores y los árboles se vieran encantadoramente hermosos.

Maya estaba asombrada por todo. Apretó la mano del elfo de las flores y lo miró. Una luz de felicidad brilló en los ojos del elfo.

"¡Quién podría haber soñado esto!", susurró la pequeña abeja.

En ese momento, vio algo que la conmovió. "¡Oh!", exclamó, "¡Mira! ¡Ha caído una estrella! Está deambulando y no puede encontrar el camino de regreso a su lugar en el cielo".

"Eso es una luciérnaga", dijo el elfo de las flores, sin una sonrisa.

Ahora Maya sabía por qué le gustaba tanto el elfo de las flores: el elfo nunca se reía de ella cuando decía algo equivocado.

"Las luciérnagas son criaturas extrañas", dijo el elfo de las flores. "Siempre llevan su propia lámpara e iluminan la oscuridad bajo los arbustos donde no brilla la luna. Más tarde, cuando estemos entre personas, también conocerás una luciérnaga".

"¿Por qué?", preguntó Maya.

"Lo verás muy pronto".

Para ese momento, casi habían descendido al suelo en una glorieta de jazmín y albaricoque. Hubo un leve

susurro y el elfo de las flores hizo señas a una luciérnaga.

“¿Serías tan amable”, preguntó, “de darnos un poco de luz en este follaje oscuro?”.

“Pero tu resplandor es mucho más brillante que el mío”.

“Yo también lo creo”, exclamó Maya emocionada.

“Tengo que envolverme en una hoja”, explicó el elfo, “o de lo contrario la gente me vería y tendría miedo.

Nosotros, los elfos, solo nos aparecemos en sueños a las personas.

“Entiendo”, dijo la luciérnaga. “Haré lo que pueda, pero ¿me hará daño esa gran criatura que tienes contigo?”.

El elfo negó con la cabeza y la luciérnaga le creyó.

Entonces, el elfo se envolvió en una hoja. Arrancó una pequeña campana de la hierba y se la colocó a modo de casco sobre su brillante cabeza. Solo se veía su diminuto rostro, pero nadie se daría cuenta. Le pidió a la luciérnaga que se sentara en su hombro y que atenuara la luz de un lado con su ala.

“Ahora ven”, dijo, tomando la mano de Maya. “Será mejor que subamos aquí”.

Mientras trepaban por la enredadera, Maya preguntó:

“¿La gente sueña cuando duerme?”.

“Sueñan cuando duermen, pero a veces incluso cuando están despiertos. Sus sueños son siempre más hermosos que sus vidas”.

El elfo se llevó el dedo meñique a los labios, apartó una ramita floreciente de jazmín y empujó suavemente a Maya hacia adelante. “Mira hacia abajo”, dijo en voz baja, “ahora verás lo que siempre quisiste ver”.

Maya y el elfo vieron a dos personas. En un banco, a la sombra de la luz de la luna, estaban sentados un muchacho y una muchacha. La cabeza de la chica descansaba sobre su hombro, y el chico la rodeaba protectoramente con su brazo. Se sentaron en completo silencio. Maya miró fijamente a la chica de cabello dorado y labios rojos. Parecía melancólica, pero también muy feliz. Luego se giró hacia el muchacho y le susurró algo al oído, lo que provocó una sonrisa mágica en su rostro. Maya pensó que solo una criatura terrenal podría verse así. Sus ojos irradiaban pura felicidad.



“Ahora he visto lo más hermoso de mi vida”, susurró para sí misma.

“Ahora sé que las personas son más bellas cuando están enamoradas”. No supo cuánto tiempo estuvo allí sentada, pero cuando se dio la vuelta, la luz de la luciérnaga se había apagado y el elfo de las flores había desaparecido. A lo lejos, la luz del sol asomaba.